

América Latina: cultura e identidad

Latin America: culture and identity



URI: <http://hdl.handle.net/11298/504>
DOI: <http://dx.doi.org/10.5377/entorno.v0i58.6240>

Héctor Grenni¹

Director de la Biblioteca de la Universidad Don Bosco

hectorgrenni@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-2564-0229>

Recibido: 10/03/2015 - Aceptado: 16/03/2015

Resumen

El presente trabajo indaga acerca de la cultura y su relación con la conformación de la identidad en América Latina. Partiendo de diversos conceptos de cultura, y deteniéndose brevemente en el alcance del concepto para los documentos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, pone en evidencia la importancia de la relación de la cultura con el mestizaje y con la definición de identidad de la región. Finalmente, decanta estos conceptos en la cultura salvadoreña.

Palabras clave

Cultura latinoamericana, identidad latinoamericana, América Latina, conceptos de cultura.

Abstract

This work looks into culture and its role in the shaping of identity in Latin America. Departing from different definitions of culture and briefly pondering on its relationship in the Latin American Episcopalian Conference documents, it evidences the relevance in the association between culture and crossbreeding and the definition of identity in the region. In the end, it decants such concepts in the Salvadorean culture.

Keywords

Latin American culture, Latin American identity, Latin America, culture concepts.

Introducción: conceptos de cultura

El término cultura ha tenido variadas interpretaciones. Las distintas formas de entender el concepto hacen del intento de presentarlo una tarea compleja. El concepto hace referencia a una realidad fundamental en el ser social de la persona. De hecho, cultura puede ser definida desde diversas áreas de las Ciencias Sociales: desde la filosofía, la antropología, la sociología, la historia o desde las otras muchas ciencias que estudian la realidad de la persona humana.

Muchas definiciones pueden hacerse sobre el término *cultura*. Presentamos aquí solo algunas de ellas.

Lo que el ser humano adquiere o aprende como miembro de la sociedad, en oposición a lo que hereda como miembro de la especie.

El conjunto de objetos y lenguajes significantes que tejen y constituyen la segunda naturaleza del hombre (Parker, en Salas Astraín, 2005:79).

¹ Actualmente es director de la Biblioteca de la Universidad Don Bosco. Es Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, Argentina. Es Maestro en Historia de América Latina por la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla, España. Sus temas de investigación son: el Derecho Indiano o las Leyes de Indias, Evidencias de la presencia de EE.UU. en El Salvador en las primeras décadas del siglo XX y La representatividad en las revueltas de América latina en el siglo XIX. Sus tesis de Licenciatura, de Máster y de Doctorado tratan sobre el pensamiento de monseñor Romero. Ha publicado varios libros en Argentina, Alemania y El Salvador. Correo electrónico: hectorgrenni@hotmail.com.

Todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones (Vaticano II, 1965:53).

Una trama de sentidos y significados transmitidos por símbolos, mitos, dichos, relatos, prácticas y reconstrucciones que expresan una comprensión y reconstrucción del sentido de la totalidad de la existencia y de los sujetos entre sí (Salas Astráin, 2005:73).

El intento se hace aún más complejo si pretendemos entenderlo en un contexto latinoamericano. La existencia de varias o muchas 'Américas Latinas' habla de una complejidad inmensa. América Latina puede ser la América andina, la América del Caribe, la América de las pampas del sur, la América amazónica, la América de los altiplanos del Oeste, la América del Caribe colombiano, la América patagónica... A ello, podemos añadir la América Latina de las grandes ciudades superpobladas y la de las regiones semidesérticas, la que ha sufrido las intensas migraciones europeas y la de fuertes raigambres indígenas, la de las regiones centrales y la de las regiones periféricas, la América de las fronteras y la de las capitales...

Los distintos sustratos antropológicos subyacentes en las sociedades humanas dan lugar a un sinnúmero de posibilidades y de modelos culturales. Se habla de 'cultura de la imagen', 'contexto cultural', 'culturas latinoamericanas', 'cultura popular', 'modelos culturales', 'culturas alternativas', 'industrias culturales'...

El término puede tener, además, connotaciones que hagan referencia a la religiosidad popular, a las costumbres, al arte autóctono, a los orígenes étnicos, a la literatura y hasta las comidas, la Historia, las costumbres, la religiosidad, la particular forma de entender las relaciones sociales y la democracia.

La inmensa variedad de posibilidades hace del intento de contextualizar la cultura latinoamericana una puerta a un panorama complejo y fascinante.

La cultura desde los documentos del CELAM²

Unos años antes de los primeros documentos del CELAM, el Concilio Vaticano II había afrontado la cuestión de la cultura, incluyendo en su consideración elementos propios de las personas, como sus cualidades espirituales y corporales, su forma particular de relacionarse con el medio ambiente y la búsqueda de una vida social que tenga a la persona humana como medida fundamental.

Desde entonces,³ la propuesta de una vida religiosa que tenga en cuenta la realidad y el contexto en que se desarrolla la vida humana abrió en el ámbito de la Iglesia católica un rico debate en torno al concepto de cultura. Ya desde fines de la década de los años 70, nuevos documentos emanados desde la jerarquía de la Iglesia católica invitaban a una revisión de todos los aspectos de la vida social, abriendo nuevos horizontes a la reflexión y al diálogo:

¡No temáis, abrid de par en par las puertas [...] de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y el desarrollo! (Juan Pablo II, 1978).

En esta línea de reflexión, el Documento de Puebla de 1979 situaba el término *cultura* en el plano de las contradicciones sociales y de los derechos: el documento dejaba planteado el derecho a la cultura como uno de los derechos fundamentales de la persona humana. En palabras de la Conferencia Episcopal Latinoamericana,

Si dirigimos la mirada a nuestro mundo latinoamericano, ¿qué espectáculo contemplamos? No es necesario profundizar el examen. La verdad es que va aumentando más y más la distancia entre los muchos que tienen poco y los pocos que tienen mucho. Los valores de nuestra cultura están amenazados. Se están violando los derechos fundamentales del hombre (CELAM, Mensaje, 1979:2).

² Consejo Episcopal Latinoamericano: "El CELAM es un organismo de comunión, reflexión, colaboración y servicio como signo e instrumento del afecto colegial en perfecta comunión con la Iglesia universal y con su cabeza visible, el Romano Pontífice. Fue creado en el año 1955", www.celam.org.

³ El Concilio Vaticano II se desarrolló entre los años 1962 y 1965.

El Documento de Puebla situaba la reflexión en el plano de las contradicciones de la Historia: "*La generación de pueblos y culturas es siempre dramática; envuelta en luces y sombras...*" (CELAM, Puebla, 1979:6). Y proponía un concepto de cultura acorde con estos supuestos: definía cultura como '*el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios*' (CELAM, 1979:386). Y, si bien el concepto partía de documentos anteriores (Pablo VI, 1975:18), la propuesta de situarlo en el ámbito de las contradicciones sociales respondía a horizontes netamente latinoamericanos.

Quedaban así definidos los tres ámbitos de la propuesta de reflexión de la cultura: el de lo trascendente, que no excluía lo colectivo; el de las relaciones humanas de la persona concebida como sujeto social; y el de la relación de las personas humanas con la naturaleza y la creación, que se verificaba en el trabajo humano.

Una concepción de la cultura planteada en estos términos abarcaba todos los ámbitos de la vida humana:

el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma conciencia colectiva (CELAM, 1979:387).

concepto en el que puede verse la influencia de documentos anteriores. Los valores y desvalores se expresaban aquí en formas diversas de expresiones sociales, como el lenguaje, las instituciones y las estructuras de convivencia.

Este planteo se decanta en actitudes humanas concretas: se trata de valores que caracterizan a las personas humanas que viven en el subcontinente latinoamericano: el hombre latinoamericano tiene una tendencia a acoger a las personas y a compartir lo que tiene; tiene una fuerte conciencia de su dignidad y un fuerte deseo de participación política, a pesar de que estos derechos son reprimidos en muchas sociedades; existe una creciente preocupación por el mantenimiento de los valores indígenas y el respeto de su originalidad. Junto a ello, un conjunto de desvalores: el materialismo individualista generalizado que impide la solidaridad; el individualismo que lo aleja de la comunidad; el desgaste de los valores familiares que impide un crecimiento armonioso

de la persona; el deterioro de la honradez pública que limita el desarrollo social y el avance del hedonismo que impide el crecimiento personal. (CELAM, 1979:55-60).

El Documento de Puebla hacía hincapié, sin embargo, en las formas que toma la aceptación o negación de aquello que los trasciende: el sentido último de la existencia humana estaría dado en estas instancias. Esta aceptación o negación se constituye, en esencia, en inspiradora de aquello que libera a la persona humana haciéndola trascender su humanidad, o manteniéndola en los límites estrechos, 'encerrándola en su inmanencia' (CELAM, 1979:389).

En este sentido, la cultura es una actividad creadora de las personas humanas, que se forma y transforma en la experiencia histórica, que provoca encuentros y desencuentros de los cuales la historia de América latina es un ejemplo claro (CELAM, 1979:391-393).

Ello llevaba a plantear a la persona humana y social como el sujeto en el que se verifica la cultura y el ámbito que hace posible su existencia.

La propuesta de mirar la cultura desde la Historia partía de presupuestos étnicos: América Latina estaría asentada sobre "*tres universos culturales: el indígena, el blanco y el africano*", enriquecidos luego por un sinnúmero de aportes migratorios (CELAM, 1979:307): judíos, palestinos, galeses, italianos, japoneses, polacos, rusos, ingleses, chinos... Ello le otorgó al término una inmensa riqueza caracterizada por un fuerte mestizaje.⁴

Años más tarde, un nuevo Congreso del CELAM, convocado en la ciudad brasileña de Aparecida en 2007, hacía hincapié en la riqueza que provenía del mestizaje. El Documento comentaba acerca de la cultura latinoamericana:

La variedad y riqueza de las culturas latinoamericanas, desde aquellas más originarias hasta aquellas que, con el paso de la historia y el mestizaje de sus pueblos, se han ido sedimentando en las naciones, las familias, los grupos sociales, las instituciones educativas y la convivencia cívica, constituye un dato bastante evidente para nosotros y que valoramos como una singular riqueza (CELAM, 2007:43).

⁴ En la ciudad de Arequipa, en el sur peruano, un grafiti en un muro de la ciudad dice: 'El mestizaje es una de las formas posibles de la pureza', atribuida al fotógrafo peruano Martín Chambi.

Esta reflexión, al poner en relieve el mestizaje de la cultura latinoamericana otorgaba al término *cultura* fuertes connotaciones étnicas, destacando las características eminentemente mestizas de la raza latinoamericana, y reclamaba una mirada histórica sobre el concepto, poniendo en relieve los distintos aportes migratorios y, sobre todo, la riqueza que se derivaba del encuentro entre las diversas culturas.

Cultura y mestizaje en América Latina

Los siglos que precedieron a la llegada de los europeos a América vieron la formación de culturas diversas, cargadas de simbolismos provocados por una intensa cercanía a la naturaleza y un fuerte peso de la vida colectiva y comunitaria.

La cultura latinoamericana es eminentemente mestiza, decíamos arriba. Ya desde fines del siglo XIV los europeos llegados a América contemplaron atónitos una inmensa variedad de culturas que presentaban manifestaciones para ellos desconocidas. Desde las comidas hasta los cultivos, desde la relación con los animales hasta la ocupación del espacio geográfico; desde la forma de trabajar hasta la forma de relacionarse con lo trascendente; desde las relaciones sociales hasta las formas de entender la comunidad. No se puede hablar de una cultura latinoamericana preexistente a la llegada de los europeos, sino de varias o muchas culturas originarias. Sobre ellas, se asentaron las culturas europeas y, posteriormente, las culturas originarias de África llegadas al continente en el ámbito de la esclavitud.

Los primeros estudiosos de la cultura americana fueron los viajeros europeos, y las primeras sorpresas se tradujeron en tres visiones de las manifestaciones culturales autóctonas: la visión de lo diferente, de lo nuevo y de lo exótico. Sin desprenderse de los preconceptos con los que llegaron los primeros europeos en el siglo XVI, y con el aporte eurocéntrico de los tiempos de la Ilustración, estos viajeros miraron las culturas americanas subordinando sus manifestaciones a las categorías a las cuales estos estudiosos y viajeros estaban ligados: los hombres y mujeres americanos constituían para ellos una alteridad que debía mirarse desde las concepciones europeas. Y estas concepciones

de las personas humanas de América oscilaban desde 'el buen salvaje', listo para recibir los beneficios de la cultura occidental hasta los 'brutales y violentos indios', que debían ser reprimidos y servir a los nuevos señores de las capitales coloniales.

Los movimientos reivindicativos de la cultura latinoamericana tuvieron orígenes y motivaciones diferentes. Los criollos de las colonias españolas usaron la reivindicación de la cultura latinoamericana para dar fundamento a sus reclamos de clase; los indígenas, como argumento que hacía posible la conservación de sus tierras, idiomas o relaciones sociales.

En la primera mitad del siglo XX, el heterogéneo y fuerte movimiento que pretendía revalorar y reivindicar los elementos autóctonos se manifestó como 'indigenismo'⁵ y presentó una renovada visión idealizada del indígena a medida de las clases pudientes peruanas.

Se puede mencionar en este caso las fotografías tomadas en la segunda mitad del siglo XIX por fotógrafos peruanos o extranjeros, con temas recurrentes: las de presos o de 'tapadas limeñas'⁶ tomadas por Manuel Atanasio Fuentes, que proporcionaban al gobierno peruano argumentos para la concentración del poder, contribuyendo a presentar una mirada de la cultura nacional peruana que dejaba de lado al indio en una realidad cargada de sesgos europeizantes. Se presentaba así una estereotipada realidad peruana que omitía el protagonismo del indio, pero que servía para la reivindicación de los intereses de la clase medias limeñas (Trevisan y Massa, 2009).

En el lindero entre los siglos XIX y XX, Perú presentó una numerosa generación de artistas, especialmente fotógrafos,⁷ que presentaron una visión idealizada del indio peruano y su paisaje. El indigenismo interpretado en las representaciones plásticas que presentaban los escritos literarios de la primera mitad del siglo XX contribuyó a crear una visión de la sociedad peruana desde las clases limeñas que detentaban los privilegios, quienes encontraron en las expresiones europeas la forma de expresar lo americano:

5 Uno de los movimientos reivindicativos más fuertes se dio en las regiones peruanas, que conservaban una fuerte mayoría de pueblos descendientes de quechuas; tomó forma de 'incanismo', o 'aymarismo' entre los pueblos aymaras.

6 Por ejemplo, fotografías de mujeres que cubren parcialmente su rostro, un tema frecuente en las fotografías tomadas por los viajeros europeos o estadounidenses.

7 Luis Alvina, Miguel Chani, Luis D. Gismondi, José Gabriel González y Juan Manuel Figueroa Aznar constituyeron la primera generación de fotógrafos artistas; luego, ya en el siglo XX, y con Cusco como ciudad de origen, en la Escuela cuzqueña de fotografía, Martín Chambi, Crisanto Cabrera, César Meza, Eulogio Nishiyama, Horacio Ochoa, David Salas, Fidel Mora, Pablo Veramendi y Avelino Ochoa. La diversidad de apellidos pone en evidencia el profundo y polifacético mestizaje.

El indigenismo plástico de los años veinte, de manera similar al indigenismo literario contribuyó a crear el sentimiento de identidad americanista, la coincidencia de una voluntad creativa que, sin renunciar a las vanguardias artísticas europeas, encontró nuevas formas de expresión incorporando el paisaje y los pueblos andinos con sus costumbres y tradiciones laborales y festivas (Gutiérrez, 2007: 55).

El caso peruano —una sociedad donde los resabios indígenas han permanecido con fuerte peso cultural, especialmente en las áreas rurales y alejadas del control del poder político— presenta curiosas particularidades contrapuestas. Para algunos, la pureza de la raza consiste en no mezclar la sangre india con la del invasor europeo. Ello implicaba la conservación de la cultura autóctona, sin contaminación de la europea (Valcárcel, 1975). Para otros, la pureza se alcanza, precisamente, en la mezcla de las razas y la sangre autóctona con la sangre europea: los valores del mestizo se potenciarían con la sangre europea, ‘mejorando’ la raza (García, 1930).

En este caso, el filósofo peruano José Carlos Mariátegui propuso en las primeras décadas del siglo XX una visión latinoamericana del marxismo adaptada a la visión de los indios peruanos, que partía de la propiedad de la tierra agrícola como elemento fundamental de la nueva sociedad. Mariátegui⁸ reivindicaba los valores indígenas resaltando sus elementos espirituales fundamentales que condicionaban la cultura.

Sobre la base de esta cultura, que ya presentaba múltiples facetas, los tres siglos de colonia en América vieron enriquecerse y desarrollarse un proceso de mestizaje único en el mundo. A las manifestaciones de las culturas originarias, los aportes cristianos y europeos conformaron una exuberante cultura cargada de simbolismos y representaciones. La rígida división en clases sociales del régimen colonial provocó relaciones interpersonales y sociales variadas y con diversos accesos a los resultados del trabajo colectivo. Las relaciones con lo trascendente se cargaron de una simbiosis donde confluyeron sentimientos y reflexiones primarias y mediadas. La confluencia de razas llevó a la de las culturas: los rituales cristianos españoles se confundieron con la cercana presencia de la naturaleza en la cotidianeidad indígena. Y el contexto natural se transformó en sujeto pa-

sivo de la intervención humana. La cultura latinoamericana se fue cargando de fuertes connotaciones de religiosidad: cultura y religiosidad popular se hicieron inseparables en muchas regiones de América Latina.

La cultura resultante de este riquísimo mestizaje comprende manifestaciones en el campo de la literatura, de la filosofía, de la teología, de la sociología y, en general, en todo el amplio espectro de las ciencias sociales.

Cultura e identidad

Presentamos aquí algunos conceptos que aproximan la idea de *cultura* a la de *identidad*, como propuesta de reformulación del concepto de cultura.

La cultura como eje identitario ha sido presentada cada vez con mayor frecuencia en los círculos académicos. De este modo, la identidad aparece como una consecuencia resultante de los procesos culturales, en los cuales reconoce sus orígenes y su contexto de desarrollo.

Primeramente, proponemos aquí centrar la relación entre identidad y cultura en los espacios colectivos, lo que lleva a situar el concepto en el ámbito de las relaciones: la identidad es el resultado de constantes ‘negociaciones sociales’ o diálogos en los que los elementos culturales son argumentos necesarios. En otras palabras, la identidad se desarrolla en el ámbito de la cultura. La necesaria presencia de la alteridad ocasiona el espacio y el tiempo propicios para el crecimiento identitario.

Luego, es necesario hacer hincapié en el dinamismo necesario para el mantenimiento de cultura en la cual la identidad sobrevive. Los cambios y las continuas adaptaciones de las culturas al dinamismo de la historia hacen posible su conservación y su renovación. En el dinamismo de las culturas la identidad se conserva y crece.

El dinamismo a que nos referimos arriba no se concreta, irremediamente, en uniformidades o igualdades. De hecho, los resultados de la dinámica cultural bien pueden llevar a situaciones en las que se participa de modos diversos en los protagonismos identitarios. Cada cultura encierra sus propios procesos de cambio y de adaptaciones,

⁸ José Carlos Mariátegui (1894-1930) plasmó sus ideas en numerosos escritos, como 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, La escena contemporánea, Peruanicemos el Perú, El alma matinal o La escena contemporánea, entre muchos otros. De profunda influencia en el ámbito marxista latinoamericano, fue sumamente cuestionado por su interpretación latinoamericana del marxismo.

que culminan en particularidades y diferencias: el 'derecho a la diferencia y a la diversidad', propio de todos los individuos tomados en su individualidad y en el marco de un contexto colectivo, lo que hace posible el dinamismo cultural que facilita la conservación y el crecimiento. Esto proporciona a la cultura un 'ansia de infinito' que la lleva a buscar en el universo entero un diálogo que haga posible ir más allá de sus propias características constituyentes.

La existencia de una multitud de culturas en un universo multiforme y heterogéneo provoca contradicciones entre coexistencia y particularismo, determina espacios vitales en los que el dinamismo propio de las culturas encuentra sus desarrollos y verifica sus posibilidades (Augé, 2007).

La cultura latinoamericana fue desarrollando elementos que la identifican, conforman y provocan su desarrollo vital. Así, a los aspectos culturales tradicionales, como la búsqueda de la justicia, la hospitalidad y el sentimiento comunitario, se añadieron aspectos emergentes, como la apertura hacia lo diverso, la búsqueda de lo trascendente, la atracción hacia lo foráneo, la necesidad de una constante comunicación con el exterior, el hedonismo y el consumismo.

Todas estas reflexiones acerca de la cultura y la identidad hacen referencia a una opción antropológica subyacente: la persona humana en su totalidad entendida en sus tres niveles de comprensión. En el nivel de la individualidad, que comprende la compleja diversidad de la libertad humana y en diálogo intenso con su socialidad: el dinamismo ineludible entre la persona humana comprendida en su soledad única e irreplicable, y en su capacidad de ser al mismo tiempo, individuo y colectivo. En el nivel de la cultura, que incluye la capacidad histórica y espacial y que se relaciona con los demás. Y en el nivel de la universalidad, donde confluyen todas las personas en una única soledad y en un único diálogo.

Un nuevo aporte al desarrollo de la compleja cultura latinoamericana se dio con el intenso crecimiento demográfico, del cual el surgimiento de inmensas ciudades es una manifestación evidente. El surgimiento de inmensas concentraciones urbanas propuso elementos nuevos. En ellas, la cultura adquirió características propias que se constituyeron en paradigmas: las 'culturas centrales' urbanas se impusieron como modelos. Lejos de ellas, las culturas marginales de las fronteras culturales conformaron su propio desarrollo, ignorando los desarrollos 'centrales',

aunque sin dejar de hacer constante referencia a ellas. Un sinfín de 'culturas alternativas' surgidas desde los innumerables espacios marginales latinoamericanos fue surgiendo en las fronteras culturales.

'Eso que llamamos cultura salvadoreña'

'Eso que llamamos cultura salvadoreña' (Rivera Larios, 2009) es el resultado de contingencias y dinámicas históricas, y se ha transformado en el escenario de encuentros y desencuentros, de proyectos y propuestas diversas, a veces superpuestas y otras veces en conflicto.

Para adentrarse en la cultura e identidad salvadoreñas conviene partir del supuesto de que la identidad no es un hecho solamente cultural, sino que se está estrechamente ligado a la alteridad como punto de referencia, y a las relaciones sociales como dinámica que permite su conservación y desarrollo. La identidad es el producto de relaciones e interacciones sociales cotidianas, en las que se incluyen procesos económicos, políticos, sociales... En el fondo, procesos culturales. Conviene preguntarse si existe un objeto claro y distinto al que podamos llamar *cultura*, y luego, cuál sería la naturaleza específica de 'eso que llamamos cultura en El Salvador'.

Un buen punto de partida puede ser la adecuación de la situación del país al contexto mestizo latinoamericano, partiendo de la pregunta acerca de la naturaleza de la población salvadoreña. Para Virginia Tilley, una población

totalmente mestiza con algunos restos anacrónicos de sentimiento étnico indígena, o más bien, una mezcla racial que sirve principalmente para absolver a la nación de confrontar viejos y nuevos racimos (Tilley, 2009).

La pertinencia y relevancia de estos conceptos en relación con el contexto del país servirán para aclarar las cuestiones relativas a la conciencia identitaria.

La 'ilustración' colonial salvadoreña, constituida por elementos fundamentalmente criollos, resaltó el carácter 'antiguo, noble y romántico' como rasgo identitario de la alteridad, contrapuesto a lo español dominante. En El Salvador, a 'lo español' se sumó 'lo guatemalteco', concebido como imperialismo intermedio. Los criollos usaron la indianidad como justificación de reclamos de clase, al tiempo que los propios indígenas eran relegados a

lugares secundarios de horizontes estrechos y sin acceso a los centros de decisión: la indianidad se alzó como bandera para las reivindicaciones de las clases que ya disfrutaban de los beneficios del sistema y que ahora ambicionaban el poder político.

Junto a las reivindicaciones de mestizaje étnico y cultural, se presentó una etnicidad homogénea y unida, relegando las poblaciones que podrían reivindicar su aporte a espacios marginales. En El Salvador, 'lo nuestro' es un pesado y trágico 'paquete cultural' transmitido de una generación a otra entre conflictos y desgarros, que justificaba un estado de cosas en el que no todos acceden a la riqueza común en iguales condiciones.

En 'el país de la sonrisa' las clases dominantes incorporaron las ideas de nación y de país desde otros lugares; las impusieron a costa del sofocamiento de la cultura originaria y conformaron una nación alrededor de estas ideas: inventaron un país en el que costumbres, modos de relacionarse con la naturaleza y de vivir lo trascendente respondían a las necesidades de la elite, que hizo de sus necesidades culturales cuestión de Estado y definió una cultura a su imagen y semejanza. En los suburbios culturales, la vitalidad de las mayorías que no tienen acceso a los espacios de decisión llevaba adelante una cultura marginal sumamente rica en propuestas y originalidades.

Junto con características culturales como el machismo y el atenuamiento (Velásquez, 1986), el país desarrolló una identidad que reconoce aportes variados. La cultura nahua originaria recibió el brusco aporte de la cultura española, que ya reconocía elementos provenientes de las culturas árabes y judías, y en la que ya se insinuaban elementos de la negritud africana. Este mestizaje originario fue enriquecido constantemente después por elementos de personas provenientes de toda Centroamérica, y por palestinos, alemanes, estadounidenses, españoles y latinoamericanos.

El Salvador actual ha sufrido cambios vertiginosos en las últimas décadas. La guerra civil de los años 80 modificó la naturaleza de la relación entre el campo y la ciudad: la guerra modificó las ciudades y provocó emigraciones. El espacio salvadoreño se ha transformado en uno donde se articula una gran variedad de sensibilidades en movimiento.

Si 'el mestizaje es una de las formas posibles de la pureza' —como decía Martín Chambi—, El Salvador es una muestra

tangible de ello, lo que ha dado lugar a 'eso que llamamos cultura salvadoreña'.

Conclusiones

La cultura latinoamericana es, eminentemente, una cultura mestiza. Su conformación, partiendo de un sustrato de culturas originarias diversas, reconoce aportes españoles ya enriquecidos por elementos árabes y judíos, a lo que se sumó la pronta aparición de las culturas de los pueblos africanos traídos en el ámbito de la esclavitud. El riquísimo mestizaje resultante se vio nuevamente enriquecido por aportes galeses, italianos, españoles, palestinos, alemanes, rusos, japoneses, chinos; a ello, se sumó una intensa migración interna entre los países latinoamericanos, lo que dio como resultado una cultura de variados orígenes y manifestaciones.

En El Salvador se dieron condiciones similares a las de la región. El basamento nahua sufrió el aporte, con frecuencia violento, de la cultura española y de las culturas africanas, en un primer momento. Luego los aportes de personas provenientes de Palestina, Alemania, Estados Unidos y de los países centroamericanos.

Este rico mestizaje decantó en una identidad multiforme, de variadas facetas y manifestaciones, que mantiene valores como la hospitalidad y la apertura hacia lo diverso, con los cambios de los últimos tiempos provocados por el acelerado crecimiento urbano y el abandono de las regiones agrarias, y con las secuelas de la guerra civil de los años 80.

Referencias

- Augé, Marc, "Cultura y alienación", conferencia dictada en la Universidad de Perugia, diario *La Nación*, Buenos Aires, 19.02.07, en <http://www.lanacion.com.ar/884304>
- CELAM, Documento de Aparecida, 2007.
- CELAM, Documento de Puebla, Conclusiones, 1979.
- CELAM, Documento de Puebla, Mensaje a los pueblos de América Latina, 1979.
- Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*.
- Juan Pablo II, Homilía en la inauguración de su Pontificado, 22.10.1978.
- Gutiérrez, Juan Carlos, *La generación cuzqueña de 1927*, Ed. Universidad de Granada, Granada, 2007.
- García, Uriel, *El nuevo indio*, Ed. H. G. Rozas, Cuzco, 1930.
- Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 1975.

- Rivera Larios, Álvaro, "Eso que llamamos cultura salvadoreña", revista digital *Contrapunto*, 21.04.2009.
- Salas Astraín, Ricardo, *Ética Intercultural. (Re)Lecturas del Pensamiento latinoamericano*, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, Chile, 2005.
- Salas Astraín, Ricardo, (Coordinador), *Pensamiento Crítico Latinoamericano. Conceptos Fundamentales*, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago, Chile, 2005.
- Tilley, Virginia, "Indígenas: los salvadoreños invisibles", El Faro Académico, 22.01.2009, en <http://www.elfaro.net/secciones/academico/20090202/academico1.asp>
- Trevisan, Paula y Massa, Luis, "Fotografías cusqueñas atravesando el indigenismo", en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-71812009000200003&script=sci_arttext, consultado el 4 de marzo de 2015.
- Valcárcel, Luis E., *Tempestad en los Andes*, Editorial Universo, Lima, Perú, 1975.
- Velásquez, José Humberto, *La cultura del diablo*, Editorial Universitaria de El Salvador, San Salvador, 1986.